

Brilla el fuego en la estufa ; y, de paso, la llama
Con vivo fulgor rosa su hermoso rostro inflama,
Mientras tanto allá afuera lleva el viento un gran ruido . . .
Pronto para la noche, el niño es desprendido.
En un sueño sin fiebres, ciérranse al fin sus ojos,
Y una gota de leche tiembla en sus labios rojos.
La madre, suspendida del aliento fluido,
Desnudo, en sus rodillas, contéplalo extendido,
Y, presa de la grande calma que se desploma,
Dobla su hermoso cuello flexible de paloma ;
Y, allá, bajo la lámpara á la luz erudita,
El padre de ancha frente, que entre dioses habita,
Dejando el libro antiguo, considera un instante,
Doble espejo de amor, á la madre y su infante,
Y en la alcoba en que un triple corazón en cadencia
Late, adora la dicha su solemne presencia.

DE CHARLES BAUDELAIRE

UNE CHAROGNE

¿ Os recordáis, mi alma, del objeto que vimos

Esa mañana de verano :

Al codo de un camino, una carroña infame

Que estaba sobre un lecho sembrado de guijarros ?

Las piernas en el aire, como una mujer lúbrica,

Quemante y sudando venenos,

Abría con un modo clínico é indolente,

Su vientre de asquerosas exhalaciones lleno.

El sol resplandecía sobre esa podredumbre,
 Como para cocerla á punto,
 Y dar centuplicada á la Naturaleza
 Lo que ella hubo juntado en un montón inmundo.

Y el cielo contemplaba la soberbia osamenta,
 Semejante á una flor abrirse.
 Tan fuerte su hediondez era, que sobre el césped
 Perder el sentido creísteis.

Las moscas borboreaban sobre ese vientre pútrido,
 De donde descendían batallones umbrosos
 De larvas que fluyeran como un espeso líquido,
 A lo largo de aquellos palpitantes despojos.

Todo eso deslizábase, subía cual oleada,
 Ó se lanzaba chirriando ;
 Se hubiese dicho el cuerpo que, hinchado de indeciso
 Hábito, palpitaba siempre multiplicándose.

Y ese mundo emitía una música extraña,
 Como el agua fugaz y el viento,
 Ó el grano que el obrero, de un movimiento rítmico,
 Mueve y hace girar en torno de su arnero.

Las formas se borbaban, eran un sueño apenas,
 Algo como un esbozo que se concibe lento
 En la olvidada tela, y que el artista acaba
 Solamente por el recuerdo.

Detrás de los peñascos una perra nerviosa
 Mirándonos estaba con ojos irritados,
 Espiando el momento de hurtarle á la osamenta
 El pedazo, no ha mucho, por ella abandonado.

— Y seréis, sin embargo, semejante á este lodo,
 A esta horripilante infección,
 ¡Oh, estrella de mis ojos, oh sol de mi natura,
 Vos, mi ángel y mi pasión!

Cierto, tal vos seréis — oh reina de las gracias,
 Tras los últimos Sacramentos,
 Al ir bajo la yerba y las flores, pringosa,
 A enmohecer entre esqueletos.

Entonces, mi Hermosura, decid á los gusanos
 Que os habrán de comer á besos,
 Que yo guardé la forma y la esencia divina
 De mis amores descompuestos!